

Carrasquilla llena un vacío, satisface un anhelo general y realiza de modo admirable el noble deseo del maestro: enseñar, siempre enseñar.

Colombia y la juventud colombiana están de plácemes, ya que para su patria y sus discípulos va encaminada principalmente esta obra suya.

¡Qué satisfacción tan grande para el maestro haber contribuído de modo tan grandioso a la elevación moral y científica de su patria, conquistando no sólo el aplauso de los buenos, la admiración de sus contemporáneos y aun la fama perecedera de este mundo, sino lo que vale más: el premio que reserva Dios a los maestros cristianos, ya que de ellos ha dicho el Espíritu Santo: *Qui autem docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti; et qui ad justitiam erudium multos, quasi stellae in perpetuas eternitates!* “Mas los que hubieren sido sabios brillarán como la luz del firmamento, y los que enseñan a muchos para la justicia, como estrellas por toda la eternidad.” (Daniel, capítulo XII, versículo 3).

JORGE ARTURO DELGADO

Pasto, junio 21 de 1914.

DISCURSO

DEL SEÑOR DON HERNANDO HOLGUÍN Y CARO

representante del Gobierno de Colombia en el Congreso de Lourdes, pronunciado ante la asamblea española e hispanoamericana el 26 de julio de 1914

Eminentísimo señor (1):

Ilustrísimos señores:

Después de haber resonado la palabra divina debe callar la palabra humana. Mas ya que V. E. desea benévola y respetuosamente que el representante del Gobierno de Colombia junte su voz a las muy sabias y elocuentes que

(1) El Cardenal Arzobispo de Sevilla.

aquí hemos oído, permítame que en estos momentos tan dulces a mi alma, en que vengo a representar a mi patria no ante ningún poder humano, legítimo pero perecedero, no ante príncipes de la tierra, sino ante el Rey de los reyes y Señor de las naciones, permítame V. E., que me limite, en nombre de todos mi compatriotas, a hacer un voto solemne: el de vivir y morir en la fe de Jesucristo. Si nosotros los peregrinos de Colombia refrendamos aquí nuestro amor a Jesucristo y nuestro acatamiento a la Iglesia; y juntando como en un solo haz todos los corazones de los patriotas colombianos que laten a impulsos de una sola fe, los presentamos ante el trono del Señor para pedirle que su misericordia se extienda siempre sobre nuestra patria, y que su nombre sea siempre en ella bendecido y adorado!

¡Ah! cuando vemos los pueblos de los primeros tiempos del Cristianismo abandonar la fe que les llevaron los apóstoles, cuando vemos a muchas naciones, baluartes de la Iglesia en la Edad Media, abrazar la herejía y apartarse de los senderos de Roma, cuando en la época presente vemos ejemplos tan cercanos y tan dolorosos de lo que alcanzan las perversas doctrinas y las enseñanzas impías, cómo no dar gracias infinitas a Dios omnipotente que ha permitido a España y a los que fueron sus hijos—y lo son todavía por los vínculos de la sangre y el amor,—que ha permitido a ese grupo de pueblos mantener incólume la herencia católica como el mejor timbre de gloria y clave de su desenvolvimiento histórico.

Cuando se acercaba el momento en que la palabra de Lutero había de desgarrar la unidad de la Iglesia en Occidente, la Providencia designó a España para que abriera nuevos horizontes al mundo y nuevas playas al Redentor de los hombres. Y cuando la tempestad se desató bajo los cielos atónitos de Europa y amagó hundir en simas profundas la barca que no puede perecer, ¿dónde, sino en España, se levantó la gran protesta, dónde, sino en España, se contestó al reto de muerte?

Así, por obra misteriosa, el mundo que conquistaron los hidalgos españoles, vino a restaurar las pérdidas que ocasionó la reforma y a devolverle a Jesucristo nuevos hijos y servidores.

Los ejemplos, sin embargo, de aquellos pueblos, en otro tiempo católicos, hoy sumidos en la herejía o en la indiferencia, deben servirnos, por otra parte, para conservar no sólo con gratitud sino también con humildad el dón insigne de la fe, y han de ser estímulo y aguijón para que pidamos constantemente a Dios, en favor de las naciones a que pertenecemos, la gracia suprema de vivir siempre a la sombra de la Cruz y en unión indestructible con Roma.

Y para alcanzar tales fines, ninguna ocasión más propicia que estos Congresos Eucarísticos, tributos espléndidos al misterio más alto de fe y de amor que encierra el Catolicismo, y este Congreso en particular a que hoy asistimos, y en el cual hemos podido juntar en maravilloso enlace, en una misma elación de amor, nuestros votos a Jesús Sacramentado y nuestros suspiros a la Virgen Inmaculada.

Estas dos devociones anduvieron siempre juntas, especialmente en España y las que fueron sus colonias; la primera breve oración que nos enseñaron nuestras madres, es una bendición al Sacramento y a la Concepción de María; y bien podemos asegurar que todos los actos que en esas dos devociones se han mostrado unidas, ninguno ostenta la grandeza y hermosura de este Congreso de Lourdes. ¡Qué cuadro el que ofrece aquí la naturaleza; qué cielo y qué montañas; y qué aguas tan sosegadas y misteriosas las que riegan la gruta! ¡Qué dulce la imagen de María circundada de cirios y de ex-votos y rodeada de silenciosos peregrinos que pasan en fila inmensa, inacabable, mirando hacia el nicho y besando la roca! ¡Qué espectáculo el de la gran explanada donde se apiñan las turbas a escuchar a los príncipes de la Iglesia, venidos aquí del Oriente

y del Occidente, y donde el nombre de Cristo es aclamado por miles y miles de pechos a cielo abierto, bajo el sol del mediodía! ¡Qué triunfo y qué gloria el de esas procesiones magníficas, no soñadas por poeta alguno; donde al eco de músicas solemnes y bajo el palio del firmamento infinito, avanza el Redentor de los hombres curando las heridas de los cuerpos y llenando de gracia las almas! ¡Oh, y aquellas deprecaciones sublimes que repercuten en la montaña y, atravesando las nubes, llegan al corazón de Dios!

¡Ah!, ciertamente, como lo dijo con mágica palabra uno de los más preclaros prelados colombianos, nuestra intención, al llegar aquí, no fue ver prodigios ni milagros; pero Dios da más, mucho más de lo que el hombre le pide; y qué mayor milagro que éste de ver congregados a todos los pueblos del orbe en este sitio y esta hora, amándonos todos, embargados todos por una felicidad supraterrrestre, y como el día de Pentecostés, hablando distintas lenguas y entendiéndonos todos. ¡Vén aquí, hombre del siglo, vén tú, para quien la naturaleza es un enigma sin sentido, vén tú, el que niegas las causas finales de las cosas, el que no ves una mano soberana por encima de los astros y por encima de los corazones; vén tú, para quien el orden sobrenatural es un mito y quimera; vén a Lourdes, vén a esta ciudad capital de los reinos de María, contémpala el triunfo eucarístico, contémpala lo que es el poder del sucesor de Pedro, arrodíllate y ábrele el alma a Dios!

A esta cita de amor y de fe no podía faltar la nación colombiana; y la presencia de estos peregrinos, prelados, sacerdotes y fieles, que atravesaron valles y montes y el vasto océano, diciendo está si esa república ha respondido al llamamiento. Ni cómo hubiera faltado aquí una nación que ha recibido tantos beneficios del Omnipotente, y que, para gloria de Dios, ha dado antes de ahora pruebas insignes de arraigado sentimiento religioso; allí donde las instituciones proclaman la soberanía social de Jesucristo, y la educación pública está

colocada a la sombra de la Iglesia; allí donde los gobernantes son hombres eminentemente católicos. Allí, por ley del estado, consagróse la república al Sagrado Corazón de Jesús, y un altar en la basílica bogotana perpetúa, en mármol y en bronce, el recuerdo de ese acto solemne; allí, con el mismo fin, se erige hoy un templo consagrado por voto nacional al mismo Corazón divino; allí, aún no hace un año, vosotros todos lo sabéis, se celebró, con pompa verdaderamente extraordinaria y con el concurso de todos los poderes públicos, un Congreso Nacional Eucarístico, que dejará memoria imperecedera en los anales religiosos de la América española.

¡Oh! Bendigamos a Dios los que hemos venido aquí en representación de nuestra patria; ¡oh! bendigamos estos instantes, los más bellos quizás de nuestra vida, demasiado fugitivos, como todo lo que sucede debajo del sol, pero que constituyen para nosotros una prenda de dicha que no trocaríamos por ninguna gloria humana. Su recuerdo habrá de acompañarnos a través de la existencia, larga o corta, que nos guarde el porvenir, y habrá de ser como una flor que no marchiten los pesares, cuyo perfume no desvanezcan ni el tiempo ni la distancia. En horas de soledad o de congoja él nos brindará consuelos y esperanzas, él santificará al propio tiempo las dulces alegrías de la existencia, y será, antes de que rindamos la postrera jornada, según la palabra admirable del poeta,

Preludio del concierto celestial.

"LA NIÑEZ"

Pocas personas han escrito en Colombia mayor número de obras de la utilidad de las del señor don Martín Restrepo Mejía. Parece que está por encima de todas la de *Pedagogía*, que escribió en colaboración de su hermano Luis, el malogrado escritor y poeta. La gra-